

Henry James

OTRA VUELTA  
DE TUERCA

longseller  

---

ESENCIALES

## Otra vuelta de tuerca

© Longseller, 2011

AUTOR: Henry James

TRADUCCIÓN: Héctor Daniel Stilman

EDICIÓN: María Virginia de Haro

DIAGRAMACIÓN: Sebastián Cremonese

ILUSTRACIONES: Mariano Vior

Showroom:

Blanco Encalada 2388

(C1428DDL) CABA, Argentina

(011) 4706-3647 / 4706-1235

ventas@longseller.com.ar

www.longseller.com.ar

Segunda edición

James, Henry

Otra vuelta de tuerca / Henry James ; ilustrado por Mariano Vior. -

2a ed. - Buenos Aires : Longseller, 2011.

192 p. : il. ; 20x14 cm.

Traducido por: Héctor Daniel Stilman

ISBN 978-987-683-012-6

1. Narrativa Estadounidense. I. Mariano Vior, ilus. II. Héctor Daniel

Stilman, trad. III. Título.

CDD 813

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Libro editado e impreso en la Argentina.

Printed in Argentina.

La fotocopia mata al libro y es un delito.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Esta edición de 2.000 ejemplares se terminó de imprimir en la Planta Industrial de Sevagraf S.A., Buenos Aires, República Argentina, en julio de 2011.

# ÍNDICE

Prólogo .....	5
Otra vuelta de tuerca .....	13
Capítulo 1 .....	25
Capítulo 2 .....	31
Capítulo 3 .....	37
Capítulo 4 .....	45
Capítulo 5 .....	53
Capítulo 6 .....	61
Capítulo 7 .....	71
Capítulo 8 .....	79
Capítulo 9 .....	87
Capítulo 10 .....	95
Capítulo 11 .....	101
Capítulo 12 .....	107
Capítulo 13 .....	113
Capítulo 14 .....	121
Capítulo 15 .....	127
Capítulo 16 .....	131
Capítulo 17 .....	135
Capítulo 18 .....	143
Capítulo 19 .....	149

Capítulo 20 .....	155
Capítulo 21 .....	163
Capítulo 22 .....	171
Capítulo 23 .....	177
Capítulo 24 .....	183

# PRÓLOGO

## Una historia estremecedora

Pocas obras tan poderosas y atractivas como las de Henry James (1843-1916) ofrece la literatura universal. En efecto, a tantos años de su muerte, la obra de James –que renovó el género de la novela y cambió para siempre su derrotero– no deja de imantar lectores, mientras que, como teórico y crítico de la literatura, el propio James no deja de imantar novelistas. Los campos de gloria de este escritor único deben ser registrados, simultáneamente, en Europa y en América, porque James –americano por nacimiento, europeo por vocación– fue un representante de lo que habría de llamarse la “cultura transatlántica”, y anticipó la aventura que con éxito parecido habría de repetir T. S. Eliot.

Eximio estilista, practicó su arte con método y dedicación únicos, estampando en sus novelas un sello personalísimo e innovador. Durante más de medio siglo escribió una veintena de novelas, más de un centenar de narraciones breves, doce piezas teatrales y varios libros de viajes y crítica, así como incontables páginas de periodismo y crítica literarios, en los que reflejó las alternativas, las felicidades y los conflictos suscitados por el encuentro (a menudo, el choque) del Nuevo Mundo con el Viejo.

Uno de sus temas obsesivos fue, precisamente, la pérdida de la inocencia del espíritu americano ante la corrupción y la sabiduría del espíritu europeo. Prueba de lo extraordinario de su arte es que hoy, cuando los términos de esta batalla han fenecido, o se han invertido, sus novelas siguen hipnotizando al lector.

James nació el 15 de abril de 1843 en Washington Square (tal sería el nombre de una de sus novelas más famosas), en la ciudad de Nueva York. Su abuelo había sido un inmigrante irlandés llegado a América poco antes de la Revolución, que amasó una enorme fortuna. Su padre, sir Henry James (1811-1882), fue teólogo y conferencista, seguidor de Swedenborg y amigo de Thoreau, Emerson y Hawthorne. Su hermano mayor, William (1842-1910), fue el fundador del estudio y la investigación psicológica en América y un filósofo del pragmatismo (el célebre autor de *Principios de Psicología*, *Pragmatismo*, *Varietades de la experiencia religiosa*, *El significado de la verdad*). Durante las dos primeras décadas de su vida, los hermanos James cruzaron una y otra vez el Atlántico, fueron educados por tutores e institutrices, y estudiaron en Ginebra, París, Londres y Bonn, adquiriendo el dominio de varios idiomas europeos.

Henry era un muchacho tímido, adicto a la lectura. Una herida en la espalda lo alejó de la Guerra Civil. En 1862 se inscribió en la Escuela de Leyes de Harvard, pero los Códigos lo aburrían, y prefería leer a Sainte-Beuve, Balzac y Hawthorne. Dos años más tarde, publicó anónimamente su primera narración en el *Continental Monthly*, de Nueva York. En 1865 publicó la segunda, cuyo tema era la vida civil durante la Guerra, en el *Atlantic Monthly*. A los veintidós años, ya criticaba libros en la *North American Review*. Al convertirse William Dean Howells en editor del *Atlantic*, el joven Henry encontró en él un amigo y mentor, que publicó sus

colaboraciones regularmente; ambos escritores inauguraron la era del “realismo” americano.

Pronto, James fue considerado uno de los cuentistas más talentosos de América; durante casi una década escribió narraciones, reseñas y artículos de menor extensión, sin intentar lanzarse a escribir una novela. En 1869 volvió a viajar a Europa, en lo que habría de ser su primer encuentro “adulto” con la vieja Europa. En Inglaterra conoció a Ruskin, Rossetti, William Morris, Leslie Stephen y Darwin; luego viajó a Italia, país que lo impresionó muy profundamente, y que volvería a visitar en numerosas ocasiones. Su primera novela importante transcurre en Roma, y las ciudades de Italia reaparecen reiteradamente en su obra posterior.

Entre 1870 y 1872, aunque definitivamente cautivado por Europa, hizo, sin embargo, una última prueba para comprobar si le era posible vivir y trabajar en los Estados Unidos, y permaneció en Boston. Enseguida, otros dos años en Europa, principalmente en Roma, lo convencieron de que escribiría mejor y viviría con menos gastos en el exterior. Así comenzó su largo exilio, anunciado en 1875 por la publicación de *Roderick Hudson*, la de *Apuntes transatlánticos* –primera colección de escritos sobre viajes–, y la de un libro de cuentos. En el curso de la carrera así iniciada daría a luz más de cien volúmenes en los siguientes cuarenta años.

En 1875 y 1876 vivió en París, desde donde escribía para el *New York Tribune*, mientras trabajaba en su novela *El americano*. Conoció al novelista ruso Iván Turgueniev, cuya obra lo apasionaba, y éste lo introdujo en el cenáculo de Flaubert, donde James conoció a Edmond de Goncourt, Zola, Daudet y al aún inédito Maupassant. A James lo atraían los escritores franceses,

aunque deplorara sus temas “sucios”. Comprendió, además, que por mucho que le gustara Francia, en este país sería siempre un extraño, y a fines de 1876 cruzó a Londres, donde escribiría las obras más importantes de sus años de madurez. En 1878 ganó fama internacional con *Daisy Miller*, que narra la historia de un romance norteamericano en Roma. Rápidamente adoptado por la *intelligentzia* victoriana, James se convirtió en *habitué* de los desayunos de lord Houghton, donde departió con Tennyson, Gladstone, Browning y otras celebridades. Huésped deseado de las grandes residencias y casas de campo victorianas, así como de los más importantes clubes, frecuentó asimismo el trato de escritores como Meredith, Stevenson y Gosse, y de los pintores Whistler y Sargent.

Parte de la reputación de James se fundó en sus hermosas historias –verdaderos estudios– acerca de la “joven norteamericana inocente” que insiste en sostener puntos de vista norteamericanos en la sociedad europea. Culminó esta primera etapa de su carrera con el *Retrato de una dama*, historia de una joven de Albany que traslada a Europa su cerrado provincianismo y sus muchas pretensiones, pero al mismo tiempo su independencia, su “espíritu de libertad” y su resistencia a ser considerada, en el mundo victoriano y al estilo victoriano, un simple objeto matrimonial. Se ha dicho con razón que “como retrato de norteamericanos moviéndose en la sociedad expatriada de Inglaterra e Italia, esta novela no reconoce igual en la ficción moderna”. En ella, James demostró que su comprensión acerca de los más secretos matices del ejercicio del poder en las relaciones personales era más que profunda.

En la etapa siguiente (década del 80), James enfrentó nuevos temas, esta vez relacionados con los reformistas sociales y

los revolucionarios. *Las bostonianas* quedó como la más cabal y perfecta novela social norteamericana, mientras que *La princesa Casamassina* explota el tema de la violencia anarquista de la época, describiendo la agonía de un joven que juega con la revolución y es destruido por ella. A estas novelas, seguiría *La musa trágica*, en la que intenta el estudio de los escenarios y estudios de arte de Londres y París, el conflicto entre el arte y “el mundo”.

Pero las tentativas teatrales del propio James resultaron un fracaso. Aunque su puesta en escena de *El americano*, en 1891, tuvo pasable repercusión, su pieza *Guy Domville*, representada en 1895, fue abucheada. Decepcionado por el resultado de estas incursiones, volvió a sus novelas, trayendo con él, del mundo del escenario, ideas que habrían de renovar su ya extraordinaria técnica literaria: comenzó a utilizar con singularísimos resultados los métodos de correspondencia y mutación dramática, y a dirigir desde nuevos y cambiantes ángulos el punto de vista narrativo: desplegó y dosificó magistralmente, en trémolos y vibratos inigualables, la cantidad y la intensidad de información que cada una de sus páginas iba librando al lector, hasta que el final se desencadenaba. A este período, que exalta la tradicional preocupación de James por el destino de la inocencia en un mundo a menudo hostil o perverso, pertenecen *Lo que Maisie sabía* (1897), *La edad difícil* (1899) y la incomparable *Otra vuelta de tuerca*, de 1898.

Quizá ningún otro libro de James constituya una demostración tan eficaz de los dones del autor –una inventiva desbordante, única, genialmente administrada– como este relato de “condenados” o “almas en pena”, que nace, como la tradición prefiere, de una amable conversación al calor del fuego y

termina con un nudo en la garganta del lector, angustiado testigo de una batalla final sobre cuyos pormenores y desenlace está vedado, ya se sabe, anticiparse.

Henry James encaró la escritura de *Otra vuelta de tuerca* cuando, según su propia y divertida definición, las historias de aparecidos “verdaderamente competentes y estremecedoras ya parecían agotadas”. Pero él recordó una historia, el germen de una historia, que había escuchado una vez, a propósito de unos niños a quienes se les habían aparecido, para martirizarlos, poseerlos y demonizarlos, ciertos sirvientes abyectos que con ellos habían convivido en la casa familiar. Nada más. Éste fue el origen de *Otra vuelta de tuerca*, cuyo autor se propuso como desafío literario, del que resultó la obra maestra del género.

Según el autor, *Otra vuelta de tuerca* es una muestra de ingenio, fríamente calculada para atrapar a lectores difíciles de atrapar (atrapar tontos –decía James– es lo menos divertido del mundo), con el fin de hacerles percibir, pensar el Mal.

“Si debiera medir los méritos de cada una de mis obras por la cantidad de ecos e interpretaciones que fueron capaces de provocar, las palmas se las llevaría, holgadamente, *Otra vuelta de tuerca*”, añadía James, consciente de que había producido un caso único en la historia de la literatura. “Si al escribir este libro –añadió muchos años después– hubiera sucumbido a los peligros propios del género, me hubiera visto obligado a renunciar a todo respeto a mi talento artístico.” No tuvo que hacerlo, qué duda cabe.

La misma preocupación temática que agitó la trama de las novelas mencionadas condujo a James a escribir sus tres grandiosas novelas de comienzo de siglo, que inauguran su última etapa: *Los embajadores*, escrita en 1901, pero publicada en 1903;

*Las alas de la paloma*, escrita tras la anterior, pero publicada antes, y *La copa dorada*, de 1904.

En 1904 y 1905, Henry James visitó su patria, de la que había permanecido alejado veinte años, durante los cuales los Estados Unidos se habían convertido en una gran potencia industrial y política. Ya famoso, recorrió los escenarios de su infancia dando conferencias, asediado por instituciones culturales y literarias. El contacto con su patria y sus gentes lo conmovió, y lo impulsó a escribir, a su regreso a Inglaterra, un poético volumen que registra la magia del reencuentro y la del descubrimiento, *La escena americana* (1907), apuntes proféticos de su visión sobre la sordidez de la vida urbana, del derroche y la polución de los recursos, del materialismo de la vida norteamericana, del énfasis perverso en el “aquí y ahora”, del reino de la publicidad y de la pérdida del breve pero rico pasado histórico americano.

Se consagró a seleccionar, reescribir y ordenar su obra para la denominada “Edición de Nueva York”, publicada en veinticuatro volúmenes que incluyeron doce de sus veinte novelas, y sesenta y seis de sus ciento doce narraciones breves, ordenadas temáticamente, al estilo de la *Comedia Humana*. Para esta edición escribió dieciocho prólogos, que constituyen aportes fundamentales para la teoría de la literatura de ficción, y que fueron editados y reeditados por separado, y devorados desde entonces por escritores y aprendices de escritores del mundo entero. También revisó y puso en orden, durante los últimos años de su vida, su numerosa obra miscelánea.

Recibió los mayores honores de Oxford y de Harvard, fue elegido miembro del Instituto Nacional de Artes y Letras y, en 1905, de la Academia Americana de Artes y Letras. En 1915, poco antes de su muerte, se convirtió en súbdito inglés, y en enero

de 1916 el rey Jorge V le confirió la Orden al Mérito. Murió el 28 de febrero de 1916, y sus cenizas, repatriadas, descansan en el solar familiar del cementerio de Cambridge, bajo una lápida que lo señala como “el intérprete de su generación de ambos lados del océano”. Su influencia y los ecos de su obra crecieron tras su muerte: fue admirado por escritores tan distintos como Joseph Conrad y James Joyce, Virginia Woolf y Graham Greene, y la crítica literaria moderna lo reconoce como un maestro de inigualada magnitud, cuya obra, además de ilustrarse en sí misma, brilla y se refleja en las páginas de muchos de quienes lo siguieron.

–Héctor Daniel Stilman

# OTRA VUELTA DE TUERCA

La historia nos había mantenido en vilo alrededor del fuego, casi sin aliento, pero excepto el obvio comentario de que era espeluznante, como en rigor debe serlo una insólita historia contada en vísperas de Navidad en una vieja mansión, no recuerdo que nadie dijera otra cosa, hasta que a alguien se le ocurrió comentar que era el único caso por él conocido en que semejante aparición hubiera recaído en un niño. El caso narrado era, puedo adelantarlo, el de una aparición en una residencia tan antigua como la que en esa ocasión nos albergaba: una aparición espantosa en el cuarto donde un niño dormía junto a su madre, a quien despertó presa del terror; pero despertarla no le bastó para disipar su miedo ni le dio el alivio necesario para volver a dormirse, porque antes de que pudiera hacerlo, se encontró con que también ella era trastornada por la visión que lo había aterrorizado a él. Fue esta observación la que dio lugar –no inmediatamente, sino más avanzada la velada– a una réplica de Douglas, sobre cuyas consecuencias quiero llamar la atención. Otro de los invitados ya había contado otra historia, por cierto no muy impresionante, a la que, según aprecié, él no había prestado mayor atención. Tomé esto como señal de que él mismo tenía algo que ofrecernos, y de que sólo era cuestión de esperar. De hecho esperamos hasta dos

noches después, pero fue esa misma velada, antes de que nos separáramos, cuando dio a conocer lo que tenía en mente.

—Estoy completamente de acuerdo en que el hecho de que el fantasma, o lo que haya sido, de Griffin se haya presentado primero a un pequeño de tan tierna edad añade al acontecimiento un matiz singular. Pero no se trata del primer caso por mí conocido en que algo tan extraño involucra a un niño. Y si un niño involucrado le da al suceso una vuelta de tuerca, ¿qué dirían ustedes si los involucrados fueran *dos* niños...?

—¡Diríamos, naturalmente —exclamó alguien—, que son dos las vueltas de tuerca! ¡Y también que nos gustaría que nos lo cuente!

Aún puedo ver a Douglas erguido de espaldas al fuego, mirando a su interlocutor, con las manos en los bolsillos.

—Hasta el día de hoy nadie, sino yo, ha conocido los detalles de esa historia. Es excesivamente horrible.

Esto, naturalmente, proclamaron varias voces, le daba a la cosa su mayor valor, y nuestro amigo, con sereno arte, preparó su triunfo paseando su mirada sobre el resto de nosotros y continuando de esta manera:

—Supera todo. Nada de lo que yo conozco se le asemeja.

—¿Por lo horripilante? —recuerdo que le pregunté.

—¡Por lo atroz, es una historia atroz!

—¡Oh, qué delicioso! —exclamó una de las señoras.

Él ni le hizo caso; me miró, pero como si en vez de estar viéndome a mí, tuviera ante sus ojos aquello a lo que se estaba refiriendo; luego añadió: —Por su total y estremecedora fealdad, horror y dolor.

—Bueno —dije—, en tal caso, siéntese y empiece.

Se volvió al fuego, empujó un leño con el pie, y lo contempló un instante. Luego volvió a enfrentarnos:

Las páginas 15 en adelante  
no están disponibles